

humaniza aquello sobre lo que actúa, y humanizar una realidad significa hacer partícipe a ésta de la configuración espiritual humana. Podemos decir, por lo tanto, que en la actividad humana se da una constante por la que el hombre se relaciona con los demás seres humanos como efecto de su incorporación, humanización o autoexpresión en la realidad afectada por tal actividad. El hombre, en su actitud lúdica, expresa valores impregnando de valores la realidad modificada o trabajada.

Consideremos en segundo término la relación que se da en el yo-sujeto consigo mismo, en cuanto que es fin de sus actividades. El hombre cuando trabaja *también* obtiene un efecto en su persona, obtiene un *resultado subjetivo*. D'Ors trata en no pocas ocasiones de la formación de la personalidad, y lo hace porque admite que el hombre se hace a sí mismo, en un cierto sentido: con sus ocupaciones y sus intereses se distingue de los demás, en el ejercicio de dar juicios con su inteligencia y tomar decisiones con su voluntad, enriquece su libertad, adquiere hábitos con la repetición de actos. En resumen, el hombre es –de algún modo– resultado de sus actos. Es por medio de la actividad como adquiere esa personalidad.

Trata la actitud lúdica de la dimensión subjetiva que el trabajo y toda actividad humana llevan consigo, en cuanto que modela al agente. Este *sentido subjetivo* hace referencia a la *autorrealización*. Tal dimensión ética necesariamente está presente en toda actividad humana, de acuerdo con la clásica sentencia moral que dice no haber acciones moralmente indiferentes.

Entiende d'Ors que los elementos del juego y del trabajo se enlazan hasta tal punto que son dos actitudes que pueden –más adelante diremos que deben– darse unidos en la actividad fabril. Lo que une ambos aspectos es la presencia en uno y otro de los elementos de Potencia y Resistencia:

«Trabajo, juego, significan esencialmente la misma cosa: el esfuerzo ejecutado según una intuición personal de orden sobre el mundo exterior, que estaba desordenado o, lo que significa lo mismo, que estaba ordenado de manera que se opone a nuestra libertad. Si dejamos aparte la consideración de producto, encontramos en el trabajo, como en el juego, lo mismo: la lucha de una potencia contra una resistencia externa. El punto de partida de nuestro método consiste en la irreductibilidad experimental de la Potencia y Resistencia».

Así se entiende que una misma actividad pueda considerarse como trabajo o como juego. Véase, por ejemplo, la actividad de talar un tronco:

puede ser considerada como actividad profesional de un leñador o como la práctica deportiva de un *aizkolari*. En ambos casos la materialidad del hecho es la misma; es simplemente un cambio de actitud el que convierte la actividad en trabajo o en juego.

Xenius acude a una figura para explicarlo: «veamos un ceramista, por ejemplo. El ceramista es aquel que como nuestro patrón Bernardo Palissy, toma materias rocosas y quiere llevarlas a *utilidad y belleza*, en el estado de sutil tenuidad». Y tal personaje es propuesto modélicamente como el hombre que trabaja y juega a un mismo tiempo. Esto es porque a la actitud fabril que lleva consigo esfuerzo en busca de utilidad, se añade una disposición deportiva y elegante, valorativa, que con un plus de esfuerzo va más allá de lo útil en busca de valores, como es la belleza.

Es ilustrativo a este respecto lo que se cuenta de unos albañiles que en plena faena de construcción fueron preguntados acerca de qué hacían; todos dieron por respuesta su ocupación inmediata –hacer cemento, tabicar, etc.– excepto uno que contestó hacer una catedral. Se trata de acometer la labor con una actitud donde estén presentes valores que den sentido completo al actuar, elevando y ordenando nuestras intenciones y energías, pues «el trabajo debe tener siempre alguna gracia –es decir, algún rastro de los caracteres del juego–».

El *homo ludens* recoge, de modo figurativo, una actitud que acompaña toda actividad humana. Del modo de hacerlo con el trabajo ya hemos hecho mención. Consideremos su presencia en el trabajo específico de hacer ciencia.

D'Ors admite que en la ciencia están presentes elementos racionales y también otros no racionales, como la *curiosidad*, en cuanto origen del saber (144), la *belleza* en cuanto finalidad –en el hecho de que sea elegante también una demostración matemática–. Esto corresponde al componente lúdico que se halla en el hacer ciencia. Así lo reconoce explícitamente en muchas ocasiones: «Ya sabemos que en la ciencia hay una parte de trabajo, pero también una buena parte de juego, de energía puesta en acción con independencia del resultado». Se refiere expresivamente a la presencia del juego en la ciencia calificándola de *lujo*:

«Aquí interviene un lujo, una superfluidad, un deseo de armonía, de simetría inclusive, que se articulan por la curiosidad, conquistándole en ordenaciones de sistema, y a la vez, de belleza.»

El *homo ludens* es la presentación que recoge aquellos aspectos según los cuales en la acción humana el hombre se relaciona consigo mismo

–autorrealizándose– y con los demás hombres –autoexpresándose se comunica y crea una atmósfera humana–. Por tanto, esta actitud hace referencia a las acciones en cuanto a actividades morales –que en su realización son a la vez necesariamente estéticas– guiadas por el entendimiento en una función práctica pero distinta del *logos poietikós* que dirigía la técnica, que será la función práctica que dirige las actividades en cuanto que se refieren a las costumbres.

Es obvio que tal función práctica no es otra que la del *logos praktikós* aristotélico, que se refiere a aquellas actividades que son *praxis* –*agere*, obrar–. En Aristóteles el producto específico de tal función del *logos* es la norma; también en d'Ors.

Libertad: La libertad se identifica con el fuego central interior del espíritu. En este sentido, es un término mucho más amplio que el puramente político y se identifica con Autoridad. Recuérdese que Autoridad viene de autor: «Quien crea, mande».

Un análisis frío de la libertad tiene que parecer derrotista a los combatientes por la libertad; pero ese análisis es el deber del intelectual. «La libertad padece, pero no perece».

La libertad no es un estado, sino un esfuerzo. La libertad, para d'Ors –lo mismo que para Spinoza– está en función de la ley autónoma del individuo que opera con esfuerzo. Así, d'Ors identifica libertad con liberación: el alma que no sepa encontrar en el mismo esfuerzo su recompensa está destinada al desengaño, al oprobio, al retiro. Ahí está el sentido trágico –también políticamente hablando– de la libertad, pero también en este tragicismo reside su grandeza humana: «La libertad es sólo un suspiro entre dos opresiones». (Véanse las dos tragedias políticas escritas por d'Ors: *Nuevo Prometeo Encadenado* y *Guillermo Tell*.)

Mediterranismo: Si el mar es el símbolo de la inmensidad y se considera como principio y final de la vida, donde ésta se renueva y purifica, el mar Mediterráneo viene a significar, en su concepto de «Mediterranismo», una limitación o, si se quiere, en su quietud, una especie de «mar-largo». Este «poner límites a las corrientes» –empleando esta terminología metafórica en toda su amplitud– es, según pensamos, lo que se entiende por «mediterraneanismo». Cataluña, la tierra que vio nacer a d'Ors, acusa, precisamente, tanto en su paisaje del interior como en sus costas, este sentido del límite y del orden, propios de lo mediterráneo.

Metahistoria: Lo mismo que Aristóteles colocaba a la metafísica como una ciencia más allá de la física, d'Ors cree en la necesidad de una Metahistoria que vaya más allá de tantas monografías, notas y fichas como invaden el mundo académico moderno, que vaya más allá de esa tarea sin fin que consiste (como dijo Mommsen) en «extraer las cosas del olvido del manuscrito para hundirlas en el olvido de lo impreso».

Nobleza: La nobleza reside en la exigencia diaria y cotidiana con uno mismo, impregnada del entusiasmo y satisfacción que emana de esa propia voluntad de exigencia. La nobleza, pues, no es algo que se hereda, sino que, como en Ortega, es algo que se adquiere día a día con esfuerzo y que nos hace más hombres y, por tanto, más humanos. «Noble es el que se exige, y Hombre tan sólo Aquél que cada día renueva su entusiasmo», reza el lema dorsiano.

Obra bien hecha: D'Ors predica el lento, callado, continuado, humilde, noble, esforzado aprendizaje («La Santa Continuación») y amor tendente a la perfección en cualquier proyecto, tarea y obra que se realice; es decir, la obra perfecta, acabada, en lo que él denomina el «Amor al Oficio» y «La Obra Bien Hecha».

Orden: Expresión de la realidad en términos de figura.

Noucentisme (o Novecentismo en castellano): Esta palabra «Novecentismo», creada por analogía con otras usadas en el vocabulario de la Historia del Arte, “Quattrocento, Setecientos», etc., revelaba ya la intención, constante en d'Ors, de embeber de estética la filosofía y la vida. Porque desde el primer momento fue adoptada para designar un movimiento que integraba a los nuevos artistas, pero también el nuevo repertorio de creencias, conductas, costumbres y maneras, determinado todo ello por una radical y consciente oposición al siglo anterior. El movimiento novecentista se definió antitética, polémicamente, frente al estilo de vida del Ochocientos; «Civilidad», «Intervencionismo», «Imperialismo» y «Arbitrarismo»; «Orden», «Norma» y «Método»; respeto de la forma, del rito, de la letra fueron los lemas esgrimidos. Aunque el Novecentismo fue esencialmente polémico y renovador, se amparaba en la bella tradición católica, grecorromana y renacentista. Ni aun con las generaciones que inmediatamente le precedieron quiso romper del todo. No sólo se asimila el pragmatismo que, en realidad, puede ser considerado ya como un ingrediente imprescindible del pensamiento del siglo